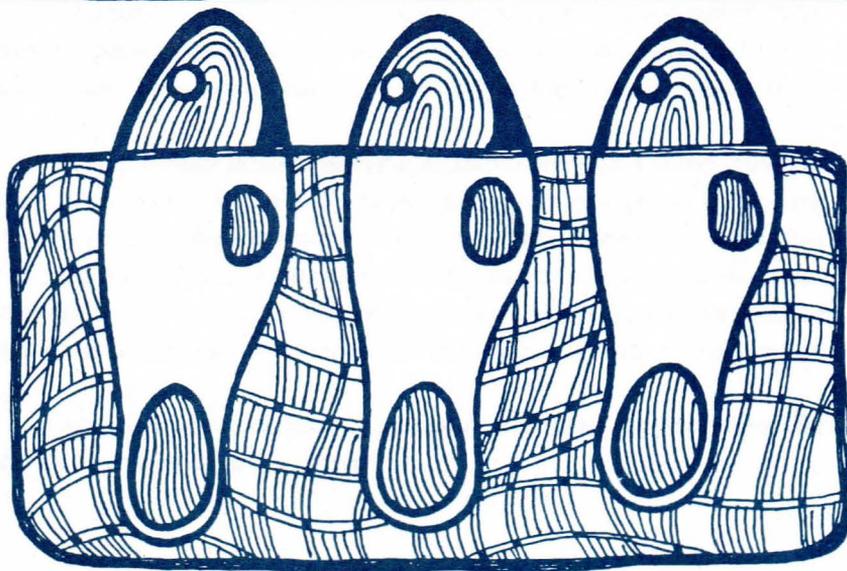
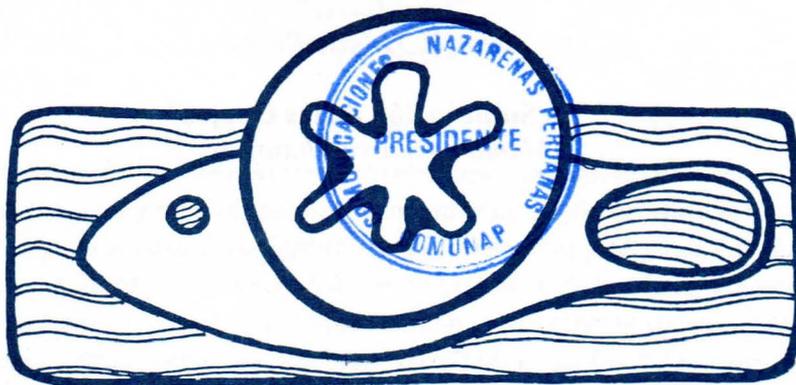


# Quabata

JUNIO, 1999

VOL. Nº 1



UNMSM-CEDOC



**“Cita sabatina”**

*Miguel A. Vega Moreno*

**“La Abuela”**

*Victor H. Urbina Reyes*

**“La Sublevación de las Ovejas”**

*Manuel Azcurra Munayco*

## **Proemio**

*“Garabatos” es una voz de esperanza y ansias de libertad que identifica a un grupo de personas amantes de las letras quienes toman la pluma para testimoniar sus pensamientos por medio de la palabra escrita, como un canto de vida desde esa desolada y sombría realidad de la prisión. Es también un grito interior que reclama su condición de personas humanas sensibles al dolor del hombre y espiritualmente nobles.*

*El afán es el mejoramiento de su condición de hombres en tanto seres humanos pensantes, esta vez por medio del arte, actividad humana y humanizadora en el marco de un comportamiento ético-moral.*

*Dan el primer paso al hacer esta publicación con plena conciencia de sus limitaciones en la literatura pero animados por el deseo, ese interés y germen que los mueve a esbozar algunas líneas y a deleitarse en el arte, a mover sus pasos en una actividad cultural cuyo único interés es contribuir a mejorar al hombre que vive la honda tristeza de estar privado de la libertad, invitándolo a enaltecer el espíritu y la dignidad.*

*Pero también está, pese a su condición límite, la necesidad del arte, en este caso de la literatura.*

## LA ABUELA

Rosita le había dicho que cuando quisiera conocer Huaraz podía llegar a su casa, así que Manuel, ni corto ni perezoso, en la primera oportunidad que tuvo se fue para allá.

Ambos eran estudiantes de ciencias en una universidad limeña. Ella cada vez que tenía vacaciones se iba a su tierra. Él, que nunca había viajado a provincias, en aquella ocasión partió lleno de expectativas aunque con muy poco presupuesto.

Cuando llegó, luego de andar indagando por el domicilio, Rosita lo recibió con mucha alegría. Lo presentó a sus padres, quienes lo acogieron cálidamente, y lo alojó en un cuarto de su espaciosa casa; Manuel tan solo llevaba una pequeña mochila, pero no necesitaba más.

En los días que permaneció en Huaraz anduvo paseando junto a Rosita; a veces, por las tardes, se quedaban en casa escuchando música y en las noches daban una vuelta bajo el cielo estrellado. Él era un muchacho animoso, de buen temperamento y noble espíritu. Ella era una chica simpática y bondadosa, de grandes y algo rasgados ojos. Eran muy buenos amigos y se divertían juntos.

Al principio, cuando paseaban, simplemente andaban uno junto a otro, pero poco a poco empezaron a tomarse de la mano, y de la mano pasaron a abrazarse y, casi sin darse cuenta, terminaron besándose, be-

sándose con besos casi inocentes que cada vez se hicieron más traviesos, con caricias cada vez más atrevidas. En la casa eran muy prudentes, aunque a veces se quedaban conversando largamente, ya en el cuarto de ella, ya en el cuarto de él. Doña Rosa, la madre, miraba de soslayo sin decir palabra pues ellos se cuidaban de no dar lugar a sospechas; sin embargo, una noche don Antonio, padre de Rosita, le dijo a Manuel con un sutil tono de recriminación:

—¿Hasta cuándo piensa quedarse, joven?

Manuel, tomado de sorpresa, por un momento no supo qué decir.

—... Mañana me voy don Antonio— dijo saliendo de su estupor.

—Ah, ya joven; espero que le haya gustado nuestra tierra— replicó don Antonio aprobando la respuesta.

Rosita, sorprendida también, guardaba silencio. Después de cenar pidieron permiso y salieron a pasear. En el camino Rosita le explicó a Manuel que en la parte posterior de la casa encontrábase un antiguo cuarto deshabitado donde guardaban cosas y donde nadie entraba, así que su plan era que él fingiera irse y volviera a ingresar a la casa a escondidas por otra puerta, y permaneciera oculto en ese cuarto. Sonrieron, cómplices, juntaron sus labios y se abrazaron apretadamente, contentos y apasionados.

Al día siguiente, en presencia de don Antonio, Manuel se despidió agradecido y se “marchó”, haciendo lo acordado con Rosita. Esa noche, bajo un cielo de luna, se besaban furtivamente junto al jardín interior de la casa, tocándose con mayor deseo y suspirando excitados.

—Me gustaría que durmieras conmigo— susurró Manuel al oído de Rosita. Ella, arrebolada, le dio un empujoncito pero sin soltarse del abrazo.

–¿A ti no te gustaría?– insistió Manuel; Rosita, con los ojos entornados callaba.

–Podemos cuidarnos– propuso él.

–Hay días en que se puede– musitó Rosita con el corazón galopante.

A Manuel se le iluminó el rostro y la miró con los ojos brillantes; ella, mirándolo de frente y adivinándole la pregunta, le dijo:

–Mañana.

Se apretaron con más fuerza y se acariciaron con ansias, a la vez que se besaban vorazmente. Se fueron a dormir muy tarde, pasada la medianoche. Manuel se acostó feliz esperando el momento de la intimidad con su enamorada; no le importaba estar escondido en ese vetusto y lúgubre cuarto con olor a yerbas y a no se sabe qué diablos. Con lo cansado que estaba se durmió pronto; mas, en la madrugada se despertó al escuchar una voz que lo llamaba con parsimonia y levedad:

–Manuel ...

Él sentía mucho sueño y se arrebujó atribuyendo la voz a su imaginación; pero la voz volvió a llamarlo.

–Manuel ...

Era una cascada voz de vieja. Manuel pensó que se trataba de alguien de la casa; temiendo haber sido descubierto miró hacia la puerta: no había nadie. Otra vez se cobijó pensando que era cosa del viento.

–Manuel ... –persistió la voz seguida de una especie de risita.

A Manuel se le fue el sueño; levantó la cabeza y, preocupado, oteó hacia todo lado con los ojos bien abiertos: ¡no veía a nadie! Se le ocurrió

que alguien quería jugarle una broma; sin atinar qué hacer se envolvió hasta la cabeza decidiendo seguir durmiendo.

–Manuel– lo llamó nuevamente la voz.

Él se despertó violentamente y hurgó con la mirada cada rincón. De pronto descubrió una extraña figura, parecía una ave, así que Manuel pensó que era la sombra de algún pájaro nocturno. Confundido volvió a cubrirse, pero la voz seguía llamándolo. Descubrió nuevamente la sombra: Tenía la cabeza de una anciana desgreñada y el cuerpo de una ave.

Él era estudiante de ciencias, era ateo, no creía en supersticiones ni en fantasmas; ese esperpento no podía existir, sin embargo el espanjato estaba ahí y hablaba llamándolo por su nombre. Manuel enrolló una de sus frazadas y la tiró iracundo contra el espectro, la frazada dio contra la pared pues el ente desapareció. Él giró observando las paredes, los objetos, y se encontró con el engendro al otro lado del cuarto.

–Manuel, ji,ji,ji ... –se burló el esperpento.

Manuel salió corriendo y, asustado, se metió al baño, prendió la luz y se echó agua a la cara, quedándose ahí temblando de frío y de miedo envuelto en una toalla.

Muy temprano por la mañana Rosita, antes que nadie se levantara, se dirigió hacia el escondite de su enamorado. Éste, que clandestino esperaba con la puerta del baño entreabierta, la llamó al verla pasar; Rosita corrió hacia él sonriente. Manuel, pálido, lo primero que le dijo fue:

–¿Quién vivía ahí antes?

Rosita se ensombreció. Ella gracias a su educación había desechado muchas creencias pueblerinas y se avergonzaba de conservar todavía algunas. Abochornada, sin levantar la mirada, contestó:

–Mi abuelita ... ella ... era bruja ... en ese cuarto hacía sus trabajos ... se creía ave ... creo que quería convertirse en lechuza...

Manuel, con el cabello erizado y los ojos desorbitados, echó a correr y no paró hasta la agencia de transportes, de donde partió en el primer ómnibus hacia Lima, sin ganas de volver a viajar nunca más en su vida.



## CITA SABATINA

En sus oídos resonaba la cantarina voz: “cúidate mucho”.

Saboreó una vez más el dulce beso de despedida; pensó: “Tengo que esperar toda una semana para sentir su tibieza otra vez”. Giró dando la espalda a la puerta por donde ella se fue, perdiéndose en el camino bordeado de plantas de pálido y débil color como si el verde intenso de la naturaleza se debilitara por el encierro de alambradas, fierros, altos muros y torreones.

Pablo levantó la vista, vio el cielo despejarse, los rayos solares llegaban intermitentes; aspiró profundo y se encaminó hacia la rampa distante unos veinte metros. Caminaba por el centro del patio del pabellón donde se encontraba recluso, vio la hora: dentro de diez minutos terminaría la visita; los recuerdos se fueron agolpando de manera vertiginosa.

Aquel sábado de hace más de una década caminaba presuroso. No debía llegar tarde pues había esperado tantos meses hasta que ella aceptara, luego de varias negativas y postergaciones, esta primera cita –¡sí! ¡por fin!– allá en el malecón de Chorrillos a las 4.30 p.m. Miró a su derecha, no se aproximaba ningún vehículo por la pista; cruzó. Estaba a una cuadra del lugar convenido percibiendo el olor a mar que traía la brisa vespertina y reconociendo, además, a su diestra la agencia bancaria cuyo panel publicitario con el logotipo destacaba en lo alto del local.

Al mirar hacia la izquierda en la vereda del frente algunos curiosos observaban la antiquísima Motobomba que exhibíase en la Compañía de Bomberos, luego alargó la mirada hacia el final de la avenida que se ensanchaba en una amplia vereda con un cerco a media altura desde donde se divisaban las playas del Club Regatas, de Pescadores y la del pueblo, Agua Dulce, con su muelle para pesca artesanal.

Apresuró el paso. Faltaban escasos minutos para la hora fijada, tan importante y trascendental, cuando en sentido contrario venía alguien de silueta conocida.

El corazón le dio un vuelco: "Sí, es ella", unos pasos más y estuvieron frente a frente.

–Vienes tan tranquilo, estoy esperándote cerca de media hora –le reclamó ella airadamente.

Pablo miró su reloj, marcaba las 4.30 p.m. de aquel sábado tan deseado. Iba a replicar pero notó ese chispazo iracundo en los ojos de su amada; pensó: "No es momento de discutir sino de armonizar, un paso atrás para después ..." Se escuchó a sí mismo decir:

–Discúlpame. No sé cómo pasó. Ha sido una confusión en la hora ...

No dijo más pues ella le dejó sin habla cuando se iluminó su rostro con una sonrisa tierna y cariñosa; girando y colocándose a su lado susurró:

–Se ven muchos botes. ¡Vamos antes de que se oculte el sol y no los podamos ver danzando con las olas del mar!

Pablo se sintió alegre y feliz, sobre todo ya no estaría solo. Caminaron casi corriendo a llenarse la vista de mar, sol, amplitud, sentirse libres.

Cada vez que recordaban aquel sábado, no se ponían de acuerdo en quién se adelantó o quién se retrasó.

Ahora también era sábado, día de visita; escuchó las conversaciones y risas de los demás internos con sus familiares sentados en casi todo el perímetro del patio. Siguió caminando; pronto atravesaría toda la rampa, giraría a la derecha y, de inmediato, a la izquierda dejando atrás dos pesadas puertas de hierro para seguir por un pasadizo formado de paredes con ventanas y más barrotes en lo alto, por un lado, y, por el otro, las oscuras y húmedas mallas metálicas de los locutorios lóbregos; testigos de tamaña injusticia, de no poder tocar y casi ni ver a la familia.

Avanzó hasta que llegó a la escalera superando dos puertas más, subió al segundo piso, siguió el pasadizo, contó más rejas y puertas –cada una correspondía a una celda– hasta que llegó a la suya, ese prisma casi cúbico que estadísticamente es para dos internos, mal alcanza a albergar siquiera a uno pero en la dura realidad viven tres. Pablo ingresó escuchando detrás suyo cómo el custodio de turno corría el pesado cerrojo y aseguraba la puerta con un candado, remachando así el término del horario de visita hasta el próximo sábado. Los días intermedios significarían tiempo para recordar los buenos momentos y ansiar, a cada instante, la justa libertad para llenar los pulmones de fresca brisa, extender la mirada teniendo como límite el horizonte y el cielo infinitos, en su mano sintiendo siempre aquella mano amada.

## LA SUBLEVACIÓN DE LAS OVEJAS

Y sucedió en nuestro Perú. Érase un día de sol de julio, ya no se distinguían las copiosas nubes que habitaron el cielo serrano proporcionando la lluvia cual bendición del campo ... habrá buena cosecha.

Los pastizales andinos conservaban su verdor primaveral y es en este escenario donde en las rocas imponentes resonaba un canto:

“Ovejitas, ovejitas, seguritas van  
ellas saben que conmigo están  
ovejitas, los lobos no se acercan  
los pumas ¡miren! se alejan  
pues con mi hondita estoy  
pues punterito soy ...”

Vicente, el pastorcito, canta alegremente conduciendo el rebaño; lo ha hecho de niño, lo hace hoy de joven. Ya entrada la noche encierra las ovejas en el redil y entra a su choza donde le esperan sus padres. Tiene que cenar y dormir bien, mañana hay mucho trabajo que hacer.

La noche cuando cubre con su manto oscuro sólo da tregua a las estrellas cuyo parpadeo semeja millones de lucecitas intermitentes sujetas en el cielo, motivo de muchos mitos que precisamente en noches como ésta son contados. El silencio es sepulcral, sólo de rato en rato es traspasado por las aves nocturnas. El rebaño ya duerme.

-Beee ...

Un balido monótono y corto dejó escapar del rebaño la más vieja. "Beee ..." se pudo escuchar desde un extremo; "beee ..." del otro extremo y era un balido más de anuncio que de sorpresa congregando a las demás –siempre mirando atentamente la tierra– hasta formar un semicírculo. Cualquiera diría que era una asamblea. La más vieja de todas, la que inició los balidos, se puso al frente y dio un fuerte balido que se interrumpió por un sonido sordo, hasta lastimero.

-Le ha salido un gallo –comentó una de las pequeñas, traviesa y juguetona. Quienes la escucharon sonrieron sin hacerse notar.

-Nos hemos reunido para saludar el nacimiento de la más grande verdad! ... ¡El hombre ya no más nos dirigirá! ... Yo he encarnado el pensamiento de ustedes ... Ustedes harán lo que yo digo porque es la más grande verdad ...

A cada frase que exponía la más vieja, la guía, seguía una pausa para que el rebaño la vitoree. Se sentía feliz.

-El día de mañana cuando la prisión sea abierta saldremos detrás del hombre, pero cuando estemos en la puna ustedes me seguirán! –fue cortada por otro vitoreo– Decidiré, ejem, quiero decir, decidiremos nuestro destino! ¡Viva nuestro pensamiento!

-¡Vibeee ...! –balaron las sumisas.

Se fueron retirando rompiendo el semicírculo al tiempo que en voz baja se preguntaban: "¿Dónde iremos?". Unas se mostraban sorprendidas y las que más atentas escucharon respondían, siempre en voz baja:

-Ella es nuestra guía, sabe dónde nos lleva –y durmieron el sueño postergado.

Los cerros que rodeaban el redil podían distinguirse como una sombra azul que cada vez tornábase más clara; el canto de la aves componía el marco musical del alba y un potente kikirikí fue la confirmación, pues de otras partes también podía escucharse el coro de gallos cantores. Ahora los cerros podían ser observados en más detalles, los primeros rayos de sol tímidamente se asomaban; pero no eran éstos ni los cantos de los pajarillos ni de los tenores gallos los que despertaron a las ovejas, sino los latidos de sus corazones que a tambor batiente anunciaban el día, el decisivo día, el día del “ya no más”. Eran tiempos de asumir incondicionalmente –como siempre– los designios de la más vieja, de la guía.

–Vamos, vamos, ovejitas.

A la misma hora de siempre Vicente llegaba con un grupo de perros para llevar el rebaño a pastar. Ganaban las primeras alturas cuando las ovejas comenzaron a impacientarse. La más vieja, la guía, susurró:

–Los perros ... los perros ...

Siguieron su camino cabizbajas a la par que repetían el susurro unas a otras. Cuando bordearon la quebrada, justo para descender a los pastizales, comenzaron a dar fieros cabezazos a los perros desbarrancándolos sin darles tiempo ni siquiera de emitir un ladrido.

Los perros que antes cuidaban el rebaño ahora yacían despanzurrados en lo profundo del barranco. Vicente observó temeroso a las ovejas y empezó a correr cuando la más vieja, la guía, dio un furibundo balido que más parecía el rugido de un puma. Al ver correr desesperadamente al jovenzuelo todas comenzaron a “vibear” a la más vieja, a la guía, quien toda oronda sentenció cual trasnochado candidato presidencial:

–¡El destino es nuestro!

–La incertidumbre es nuestra –murmuró una de ellas.

Ahora sin pastor el rebaño continuaba su marcha hacia lo ignoto conducido por la más vieja, por la guía; pastaron hasta hartarse y se dirigieron a tierras desconocidas, pero sucedió que un puma hambriento acechó al rebaño intempestivamente cogiendo a la más vieja, a la guía, quien no pudo escapar por lo mucho que comió. El felino se la llevó a su guarida y la devoró. La conmoción se apoderó de las ovejas, habían perdido a su guía, a su brújula. ¿Dónde ir?

–Seguiremos buscando nuevas tierras con la verdad como guía.

–Regresemos con el hombre –era la otra posición, la opuesta, al tiempo que ambos criterios en pugna se desplazaban cabizbajos con los ovejunos ojos mirando la tierra con suma atención.

De aquella manera siguieron caminando discutiendo, discutiendo y caminando, sin saber a dónde se dirigían; tampoco se percataron de que otra era la guía, la nueva guía, siempre unos pasos adelante conduciendo el rebaño sin tomar posición frente a la situación reinante. De pronto la nueva guía se detuvo lo mismo que el rebaño, dio unos fuertes ladridos y Vicente cerró el redil.

*Quinta*

---

Fundado el 4 de julio de 1997

UNMSM-CEDOC